

yugo de los Egipcios, y colocados en el camino seguro de la tierra prometida, ese mismo debe ocupar los labios de los religiosos y religiosas si tienen en su alma una idea verdadera del beneficio que Dios les ha hecho. Al mismo tiempo deben examinar escrupulosamente su vida, y advertir si han correspondido con fidelidad á la vocacion con que Dios les llamó, y á las multiplicadas gracias que les ha dispensado para cumplirla. En esta operacion, ó Dios eterno, ¡cuántos se encontrarán que, despreciando las obligaciones de su estado, han vivido con mayor relajacion que si estuviesen en el siglo! ¡cuántos habrán mirado con ceño el retiro y encierro á que ellos mismos se obligaron por su propia voluntad, y habrán pretendido recompensarse con peligrosas disipaciones! ¡cuántos, finalmente, entregados á los negocios del mundo, verán en sí que la profesion religiosa no ha sido para ellos otra cosa que una ocasion de multiplicar los motivos de su condenacion eterna! Pero por esto no debes desmayar, ó religioso tibio y disipado; estas consideraciones son una nueva gracia con que Dios te ilustra, para que volviendo en tí mismo implorés su misericordia.

Los que se hallan todavía en estado de elegir han de tener presentes todas las doctrinas que se dan sobre la eleccion del estado, y considerar que, aunque el de religion es el mas perfecto, y en el que con mas facilidad se logra la salvacion eterna cuando hay verdadera vocacion, es tambien el mas expuesto y peligroso cuando esta falta. La parábola del Evangelio de aquel que entró á las bodas sin vestido nupcial, y fué echado en el fuego eterno, presenta la imagen mas horrorosa y mas terrible de las funestas consecuencias que produce este estado elegido sin la vocacion debida. Dios ha puesto en tu mano tu felicidad y tu desventura; el negocio no puede ser de

mayor importancia; ninguna diligencia puede estar de mas en donde las ganancias son infinitas, é infinitas las pérdidas. Procura, pues, consultar con Dios tus resoluciones, y no dudes que te dará gracia para hacerlas tales, que no tengas jamás que arrepentirte.

DIA VEINTE Y SEIS.

SAN CIPRIANO Y SANTA JUSTINA

VÍRGEN, MÁRTIRES.

Nació san Cipriano en Antioquia de Siria, de una familia distinguida por su nobleza, por sus riquezas, por su reputacion, pero sobre todo, por su ciega adhesion á todas las supersticiones del gentilismo. Dedicaronle sus padres á los demonios desde la edad de siete años, y dispusieron que se educase en todas las ciencias de los sacrificios, de la astrologia judiciaria, de los encantamientos y de la magia. Hallaron sus maestros en Cipriano un genio superior para estas facultades, con una inclinacion tan viva hácia este arte diabólico, que en breve tiempo fué uno de los mas hábiles magos entre todos ellos. Muy resuelto á no ignorar secreto alguno de cuantos pudiese adquirir en la escuela de los astrólogos, de los hechiceros y de los adivinos, pasó á Atenas, despues á Argos, y desde allí á Frigia, adelantándose mucho á todos los facultativos; de suerte que, reconocido universalmente por el mago mas hábil de toda la Grecia, era buscado para presidir á los sacrificios que se ofrecian á los demonios. No contentó con lo que ya tenia aprendido en aquel infernal arte, pasó á Egipto, y penetró hasta la India para aprender mas y mas.

Noticioso de que los Caldeos eran muy sobresalientes en la astrología judiciaria, se encaminó á ellos; inició en sus infames misterios y en el ejercicio de todo género de sortilegios; se hizo el mago mas famoso y el mas familiar con los demonios que habian conocido los siglos. Horroriza solo el leer las abominaciones en que aquel arte le precipitó. No hubo infamia, no hubo hediondez abominable en que no se revolcase y de que no hubiese hecho vanidad. No se conocia á Cipriano por otro nombre que por el del gran maestro del arte de los demonios. Para el uso de sus operaciones mágicas se valia de cuerpos humanos; hombres, mujeres y niños, á todos los degollaba secretamente, ofreciendo su sangre á los demonios, buscando en sus entrañas los presagios de lo futuro, y medios para asegurar el suceso de sus encantamientos.

Solamente en los cristianos experimentaba que nada podia con ellos, y por esta maravilla no los podia sufrir. Hacia todo lo posible para desacreditarlos y para perseguirlos: injurias, calumnias atroces, afrentas dolorosas, burlas sangrientas de su virtud y sátiras bufonas para hacer ridiculos sus mas sagrados misterios, de todo se valia para perderlos. Tal era Cipriano hasta la edad de treinta años, cuando el Padre de las misericordias le escogió como á otro Saulo para hacer de él un vaso de eleccion, y para animar con su ejemplo la confianza de los mayores pecadores.

Despues de todas aquellas excursiones se restituyó Cipriano á Antioquia, donde fué considerado como jefe de todos los magos. Habia en la misma ciudad una doncella llamada Justina, hija de padres gentiles. Su padre Edesio y su madre Cledonia la habian educado cuidadosamente en las supersticiones del paganismo; pero como Justina era de mucho entendi-

miento, luego que oyó los sermones de Praillo, diacono de Antioquia, renunció las extravagancias de la gentilidad; y convirtiéndose ella á la fe de Jesucristo, convirtió tambien á sus padres á la misma.

Desde el punto que se hizo cristiana fué una de las esposas mas ilustres de Jesucristo, consagrándole su virginidad, y aplicándose á adquirir todas las demás virtudes que fomentan y conservan esta delicada virtud. No habia en toda Siria hermosura mas peregrina. Era la modestia su virtud favorecida, por lo que rarísima vez se dejaba ver en público, y siempre cubierta con su manto ó con su velo. Pero todo su cuidado en que ninguno la viese no bastó para que dejase de lograrlo un jóven llamado Agladio, el cual quedó tan ciegamente prendado de su belleza, y se encendió en su corazon un fuego tan infernal y tan impuro, que formó en él una violentísima pasion. No perdonó medio alguno el idólatra jóven para satisfacerla; pero experimentando inútiles todas sus diligencias, recurrió á Cipriano, no teniendo duda que sus mágicos hechizos le facilitarían el medio de lograr sus perniciosos intentos.

Hallábase el mismo Cipriano furiosamente abrasado en igual ó en mayor lascivo fuego por Justina; pero disimulándolo, se ofreció desde luego á trabajar en la empresa con tanto empeño como quien trabajaba para si. Valióse de los mas poderosos medios de la magia para hechizar á la virgen de Jesucristo; pero todo inútilmente. Ofreció á los demonios los mas abominables sacrificios, invocólos, y ellos se lo prometieron todo, sintiéndose con efecto la castísima doncella asaltada de horribles tentaciones, y atemorizada con visiones horrorosas; pero sostenida de la gracia que mereció con sus continuas oraciones, con sus espantosas penitencias, y sobre todo, con la confianza en la poderosa proteccion de la santísima Virgen, de

quien era muy devota desde su conversion, llamándola su querida madre, salió siempre triunfante y victoriosa. En vano ponian en movimiento los demonios cuantos malignos artificios podian inventar para derribarla; en vano la intentaban atemorizar poniéndosele delante en figuras horrorosas; en vano la golpeaban hasta ponerla en peligro de la vida; solo con hacer la señal de la cruz se desvanecian todas aquellas ilusiones, y ponía en vergonzosa fuga á todas las potestades del infierno. Observa san Gregorio que mientras duraban aquellos violentos combates no cesaba de invocar á la santísima Virgen, suplicándola favoreciese á otra virgen, cuya castidad corria tanto peligro; y que la purísima Señora la aseguró de la victoria. Agitado Cipriano del furor de su pasion, y lleno de indignacion por considerarla sin remedio, se volvió colérico contra el demonio, y dándole en cara con la pobreza de sus fuerzas, le dijo: « Pues qué, ¿ es tan limitado tu poder que no le tienes para rendir á una tierna doncellita? Tú que tanto ponderas la irresistible fuerza de tu brazo, y que en tantas ocasiones has hecho tan portentosas maravillas, ¿ qué mudanza es esta? ¿ de dónde nace esta novedad? ¿ quién protege á esa tierna doncella contra tí? ¿ de qué armas se vale para burlarse de todos tus esfuerzos? » Forzado entonces el demonio por una virtud superior, le confesó la verdad, y le dijo: Que el Dios de los cristianos era el soberano señor del cielo, de la tierra y del infierno; que ningun demonio podia resistir á la señal de la cruz que Justina hacia continuamente; y que con esta señal, luego que alguno se le acercaba para tentarla, le ponía en precipitada fuga. *Segun eso, replicó Cipriano, muy loco he sido yo en no haberme dedicado á servir á un Señor que es mas poderoso que tú. Si sola la señal de la cruz en que murió ese Dios de los cristianos puede tanto, ¿ qué poder no tendrá el*

mismo Dios? No, no quiero ya creer en tus prestigios; renuncio tus sortilegios, y espero que desde este mismo punto el Dios de Justina será tambien el mio.

Irritados les demonios de que se les escapase aquel por cuyo medio habian conquistado á tantos, se apoderaron al punto de su cuerpo; pero presto dejaron la posada, dice san Jerónimo, compelidos de la gracia de Jesucristo, que se hizo dueño de aquel corazón. Muchos y muy violentos combates tuvo que sufrir contra los enemigos de su salvacion y contra sí mismo para romper sus inveteradas costumbres en el pecado; pero el Dios de Justina, al cual no cesaba de invocar desde que conoció su poder. le sacó victorioso de todo.

Tenia Cipriano un amigo llamado Eusebio que era cristiano, y muchas veces le habia amonestado que dejase aquella infame profesion. Buscóle Cipriano, y deshaciéndose en lágrimas, le dijo: *Ya en fin, amado amigo, reconoci mis errores y palpé mis descaminos. Dime claramente si tu Dios, á quien desde luego confieso por único Dios verdadero, se dignará recibir en el número de sus siervos á un hombre tan malvado como yo; y si podrá alentarse mi esperanza á tener alguna parte en sus misericordias.* Gozosamente sorprendido Eusebio en vista de tan milagrosa mudanza, le dió mil enhorabuenas, y le animó á esperar todo de la misericordia del Señor, cuyos efectos experimentaba ya en aquella misma conversion. Sirvióle mucho aquel buen amigo en los primeros dias de prueba; porque los demonios, viendo que Cipriano perseveraba firme en su resolucion, pusieron en ejecucion todos sus enredos, todas sus tentaciones y todos sus artificios para perderle. Irritaron todas sus pasiones aquellos espíritus orgullosos, impuros y hediondos, poniendo verdaderamente en terribles pruebas su generosa resolucion; pero fortalecido Cipriano con la

divina gracia, sostenido y alentado con los buenos consejos de su amigo Eusebio, resistió á todos los esfuerzos del infierno. Hacia incesantemente sobre sí la señal de la cruz; tenia de continuo en la boca y en el corazon el sagrado nombre de Jesús Cristo, y no cesaba un punto de implorar la asistencia de la santísima Virgen. Viendo los demonios que les salian mal todos los demás artificios, acordaron tentarle por el camino de su desesperacion; tentacion que no fué la menor, sino quizá la mas peligrosa de todas.

Representáronle que el Dios de los cristianos era á la verdad el único verdadero Dios; pero que era un Dios de pureza, un Dios que castigaba con extrema severidad las menores culpas, de cuyo excesivo rigor ellos mismos eran la prueba mas convincente, pues por un solo pecado de orgullo eran víctima de su eterna cólera; que no habia perdon para él, para quien ya estaba preparado un lugar en lo mas profundo del infierno por la enormidad de sus pecados; y pues ya no tenia que esperar misericordia, el único y mejor partido que le restaba era divertirse y dar gusto á sus pasiones mientras le durase la vida. En gran peligro puso á la salvacion de Cipriano esta terrible y apretada tentacion. Su amigo Eusebio le sostuvo muchas veces para que no desconfiase de la misericordia de Dios; y temiendo que al cabo le rindiese, le llevó consigo á Antimo, obispo de Antioquia. Al principio rezeló el santo prelado que se ocultase alguna supercheria bajo aquellas apariencias de conversion, y desconfió mucho así de las palabras como de las lágrimas del famosísimo mago; pero instruido bien de todo lo que habia pasado, del motivo de su conversion y de la generosidad con que habia resistido á todas las pruebas, le esforzó, le catequizó y le dispuso para recibir el bautismo.

Informada ya por este tiempo santa Justina de todo

lo que pasaba, y de la conversion milagrosa de Cipriano, no cesaba de implorar para él la misericordia del Señor con rigurosas penitencias y con fervientes oraciones. Hallándose Cipriano suficientemente instruido y cada dia mas confirmado en su resolucion, llevó todos sus libros de magia al santo obispo; y para convencer á todo el mundo de la sinceridad de su conversion, él mismo quiso quemarlos por su propia mano en presencia de todos los fieles. Reengendrado ya á la gracia por el santo bautismo, fué despues tan zeloso cristiano como antes habia sido hábil y pernicioso mago, haciendo su conversion tanto fruto como ruido; y trasformado en defensor y predicador de la fe de Jesús Cristo, convirtió un prodigioso número de gentiles.

Tuvo santa Justina tanto gozo de esta insigne conversion, que, en testimonio de su reconocimiento al autor de ella, encendió, dice san Cipriano, una lámpara, se cortó los cabellos para consagrarlos á Dios, vendió todas sus galas, joyas y muebles, con todo lo que tocaba á su dote, y repartió el precio entre los pobres. Su padre y su madre tambien ofrecieron á Dios la casa, y se la cedieron para que se convirtiese en iglesia. Eusebio fué reconocido desde entonces como el ángel del Señor, y á instancia de todos los fieles fué ordenado de presbítero. Agladio, en cuyo favor habia cometido Cipriano tantos y tan abominables pecados, reconoció la flaqueza y los embustes de los demonios, se hizo cristiano, y distribuyó toda su hacienda entre los pobres.

Hizo san Cipriano maravillosos progresos en los caminos de Dios. Desde entonces fué su vida un continuo ejercicio de la mas rigurosa penitencia. Dejábase ver algunas veces á la puerta de la iglesia con la cabeza desnuda, cubierta de ceniza, postrado en tierra, y pidiendo á todos los fieles que implorasen la mise-

ricordia de Dios por aquel miserable pecador. Para humillarse mas y para abatir su natural orgullo, consiguió á fuerza de grandes ruegos que le encargasen el cuidado de limpiar y de barrer la iglesia. Vivía en compañía del presbítero Eusebio, á quien siempre consideró y veneró como á su padre en Jesucristo; y aquel Señor, que se complace en derramar los tesoros de su misericordia sobre los humildes y sobre los mayores pecadores verdaderamente arrepentidos, le concedió el don de milagros.

Como estaba dotado de una elocuencia natural y persuasiva, empleó sus talentos en convertir á los idólatras. Fué en esto extraordinariamente feliz, y aumentó tan considerablemente el rebaño de Jesucristo, que se asegura que despues de la muerte de Antimo todos los fieles le escogieron unánimemente por su pastor, y que fué sucesor suyo en la silla de Antioquía. El que habia sido fervoroso cristiano y santo presbítero, fué despues modelo de prelados, reconociendo luego todo su rebaño que tenia en Cipriano un nuevo apóstol. Impelido de su humildad, divulgó su confesion, y esta confesion, en que no disimulaba ninguna de sus culpas, animó la confianza de los mayores pecadores, y contribuyó mucho á la conversion de los infieles.

Hacia mucho ruido en el mundo el nombre de san Cipriano, sus extrañas aventuras, su zelo y las conquistas que hacia diariamente extendiendo el reino de Jesucristo; por lo que no podia menos de llegar á noticia de los emperadores. Hallábase á la sazón Diocleciano en Nicomedia; é informado así de las maravillas de Cipriano, como de la eminente santidad de la virgen Justina, los mandó prender. Eutolmio, gobernador de la Fenicia, cuya ordinaria residencia era la ciudad de Cira, hizo que se le condujesen al mismo tiempo que fué arrestada santa Justina en Da-

masco, donde se habia retirado con un crecido número de otras santas doncellas. Habiendo comparecido ambos en presencia del juez, respondieron con tanta constancia y con tanta generosidad, confesando la fe de Jesucristo con tanta resolucion, que Eutolmio quedó sorprendido; mas no queriendo creyese alguno que favorecia á los cristianos, mandó despedazar á azotes á santa Justina, y al mismo tiempo hizo suspender en el aire á san Cipriano, y que le desollasen y surcasen el cuerpo hasta los huesos con uñas de acero y garfios puntiagudos, de modo que causaba horror aun á los mismos paganos. Pero como este terrible tormento no debilitase un punto su firmeza, mandó que los encerrasen en prisiones separadas; y viendo que ni sus amenazas ni sus promesas hacian impresion en el ánimo ni en el corazón de los generosos mártires, ordenó que cada uno de ellos fuese metido en una caldera de cobre llena de pez, grasa y cera derretida. Por la alegría que manifestaban en sus semblantes y en sus palabras se conoció que los santos mártires no sentian dolor alguno en aquel tormento. Hasta se notó que no tenia fuerzas ni calor el fuego que estaba debajo de la caldera. Hallábase presente un sacerdote de los idolos llamado Atanasio, grande mago, y en otro tiempo compañero y discípulo de Cipriano, el cual se persuadió que todo aquello era efecto de los hechizos y encantamientos de su antiguo maestro. Vinole la gana de hacer lo mismo con el fin de desacreditar las maravillas de san Cipriano, y luego hacerse hombre famoso y recomendable á todo el pueblo. Habiendo hecho, pues, sus invocaciones á los demonios, sus imprecaciones y sus ceremonias mágicas, se arroja precipitadamente en una caldera; pero no bien entró en el fuego cuando quedó reducido á ceniza. Con este suceso quedaron nuevamente aplaudidas y estimadas

las maravillas de nuestro santo, de modo que faltó poco para que se sublevase en su favor toda la ciudad. Intimidado el juez, tomó el partido de remitir los santos mártires á Diocleciano, que á la sazón se hallaba en Nicomedia, y le escribió todo lo sucedido. Luego que Diocleciano leyó la carta, mandó que sin otra formalidad ni proceso les cortasen la cabeza, lo que se ejecutó inmediatamente el día 26 de setiembre á la orilla del río Gallo que pasa cerca de la ciudad.

Otro cristiano, llamado Teoctisto, que habia declarado bastante su profesion, acercándose á la oreja de san Cipriano para hablarle en secreto, recibió la misma corona que ellos, siendo condenado por la propia sentencia. Era un marinero que acababa de desembarcar en Bitinia, y venia de las costas de Toscana. Noticiosos sus compañeros de lo que habia pasado, acudieron á llevarse los santos cuerpos á pesar de los guardias apostados para estorbar que se les diese sepultura. Fueron llevadas á Roma estas preciosas reliquias, y allí estuvieron ocultas mucho tiempo en casa de una virtuosa señora, hasta que otra señora no menos piadosa, llamada Rufina, descendiente del emperador Claudio II, les mandó edificar una pequeña iglesia en tiempo del emperador Constantino, de donde en fin fueron trasladadas á la iglesia de San Juan de Letran, por otro nombre la basilica de Constantino. Venérase en Tolosa una porcion de estas santas reliquias.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Nicomedia, la fiesta de san Cipriano y santa Justina virgen, mártires. Justina, despues de haber padecido muchos tormentos por Jesucristo bajo el emperador Diocleciano y el presidente Eutolmio, convirtió tambien á Cipriano, que era mago, y se

esforzaba por seducirla con sus encantamientos; pero tuvo la santa el consuelo de verle padecer el martirio consigo. Sus cuerpos habiendo sido echados á las fieras, los recogieron unos marinos cristianos por la noche, y los llevaron á Roma. Traslados despues á la basilica de Constantino, fueron sepultados junto al bautisterio.

En Roma, san Calistrato, mártir, y otros cuarenta y nueve soldados, quienes, en la persecucion de Diocleciano, viendo que Calistrato cosido en un cuero y arrojado al mar, habia salido de las aguas sin daño alguno, se convirtieron á Jesucristo, y con él padecieron el martirio.

En Roma tambien, san Eusebio, papa.

En Polonia, otro san Eusebio, obispo y confesor.

En Bresa, san Vigilio, obispo.

En Albano, san Senador.

En el país de Frascati, san Nilo, abad, fundador del monasterio de Grotta-Ferrata, varon de gran santidad.

En Tiferno, san Amancio, presbítero, varon esclarecido por el don de milagros.

En Clermont de Auvernia, el natalicio de santa Eutropia, viuda, celebrada por san Sidonio.

En Armenia, el martirio de santa Ripsima y el de otras treinta y tres virgenes bajo el rey Tiridates.

En Como, el bienaventurado Juan de Meda, fundador de la orden de los Humillados bajo la regla de san Benito.

La misa es en honor de los santos, y la oracion la siguiente.

Beatorum martyrum Cy-	Protéjanos, Señor, el conti-
priani et Justinæ nos, Domine,	nuado favor de tus bienaven-
foveant copinuatã præsidia;	turados mártires Cipriano, y
quia non desinis propitiis in-	Justina, porque nunca dejas

tueri quos talibus auxiliis concesseris adjuvari. Per Dominum nostrum...

de amparar á los que concedes la gracia de que merezcan semejante proteccion. Por nuestro Señor...

La epistola es del cap. 10 de la de san Pablo á los Hebreos, y la misma que el dia XIX, pág. 463.

NOTA.

« Los mas antiguos padres de la Iglesia son de » sentir que esta epistola de san Pablo á los Hebreos » la escribió el santo Apóstol en su propia lengua, » esto es, en la hebrea; pero porque muchos judíos » residian donde se usaba la griega, consintió gustoso en que san Lucas ó san Clemente, que eran » sus amanuenses, la tradujesen en griego. En » ella promete san Pablo á los Hebreos que los irá » á visitar, y que llevará en su compañía á Timoteo. »

REFLEXIONES.

El tiempo que resta es corto, y muy corto. Por larga que sea la vida, toda su duracion es menos que un instante respecto de la eternidad. ¿Qué son setenta, qué son noventa años comparados con una duracion sin fin? Son como un punto, como menos que un punto respecto de la extension de este vasto universo. Tiempo vendrá en que este punto añadido de mil en mil años á otro punto, llenaria todo este espacio del mundo y otros diez mil espacios mucho mas dilatados que él; pero la eternidad no habria perdido ni un solo instante de su duracion. Multiplica números sobre números, y despues de haber considerado esa multitud casi infinita de siglos en que se pierde la imaginacion, no se ha disminuido ni un solo momento á la espantosa eternidad. Con todo eso, la felicidad ó la infelicidad infinita de esa eternidad incomprendible

y espantosa depende del bueno ó del mal uso de ese punto de tiempo. ¡ Y este tiempo se administra con tan poca economia! ¡ y se aprovecha tan poco este tiempo! ¡ y este tiempo se deja pasar y se deja perder como si su pérdida fuese de ninguna consecuencia! Buen Dios, ¡ y qué visiblemente acredita esta conducta nuestra poca fe y nuestra poca religion! El jóven imagina delante de si una carrera, cuyo término apenas alcanza á ver; pero pocos llegan tan allá como la edad les promete, y ninguno deja de hallarse en la última hora mucho antes de lo que él se imaginaba. El que se halla en una edad avanzada, cuenta con no sé qué fondo de salud y de robustez que le parece no se ha de alterar jamás, y siempre fija la época de su muerte á algunos años mas allá. Ni aun se cree que la misma vejez nos va acercando al fin de la vida. Sea falta de entendimiento ó falta de religion, pocos viejos consideran próxima su muerte. Ni aun la misma enfermedad nos hace confesar que el tiempo es corto. Ninguno deja de pensar que todavía ha de tener mas tiempo; pero al fin, si el número de los años y la misma decrepitud nos está diciendo sin cesar, mal que nos pese, que el tiempo es breve, ¿cuántos viejos se encuentran que se conviertan? Solo se piensa en aplicar cuantos medios se discurren conducentes para prolongar la vida, y de ninguna manera en lo que puede conducir para santificar lo poco que resta de ella. No parece sino que las personas ancianas temen que, si piensan en la muerte, el mismo pensamiento se la traiga á su casa mas apriesa. Es necesario haber vivido en un continuo pensamiento de que algun dia se ha de morir, para emplear los últimos momentos de la vida en procurar una cristiana muerte. El tiempo es breve, dice el caminante; luego es menester darme prisa para llegar al término de la jornada. El tiempo es

breve, dice el mercader; luego es menester aprovecharle para hacer negocio. Solo, ó casi solo el cristiano no sabe sacar la debida consecuencia en órden á la otra vida, confesando que es breve el tiempo de la presente. Parece que solo en el negocio que mas nos importa estamos faltos de juicio y de razon.

El evangelio es del cap. 24 de san Mateo, y el mismo que el dia XIX, pág. 466.

MEDITACION.

DE LOS FRUTOS DE LA PENITENCIA.

PUNTO PRIMERO.

Considera la mucha razon que tuvo el Salvador del mundo para encargarnos tanto el cuidado de que no nos engañasen. Bien se puede decir que en punto de salvacion no hay cosa mas comun que la ilusion y el engaño. Nunca se muestra mas ingenioso nuestro amor propio para alucinarnos; ¿y qué hacemos nosotros para no ser engañados?

Tal vez nos valemos de ciertos ejercicios espirituales, de ciertas devociones, de ciertos actos de virtud ejercidos muy superficialmente, á cuya sombra nos atolondramos y vivimos muy tranquilos sobre muchos puntos que están pidiendo reforma. Cayóse en pecado; todos imaginan haber hecho penitencia; pero ¿dónde están los frutos de ella? Sin embargo, toda penitencia infructuosa es como si no se hiciese. En vano se lisonjea el hombre de una conversión exterior, si no está convertido el corazón.

Por frutos de penitencia no se entienden solamente las maceraciones del cuerpo, sino principalmente la mortificacion de las pasiones y la reforma de las costumbres: estos son propiamente los frutos que espera Dios de nuestra penitencia.

La frecuencia de sacramentos, la oracion y las buenas obras son sin duda grandes medios para llegar á la perfeccion; pero si no obstante unos medios tan poderosos nos mantenemos siempre imperfectos, siempre altivos, impacientes, envidiosos, inmortificados y coléricos, ¿se podrá contar mucho con el uso de esos medios?

Actos son de penitencia las austeridades corporales, pero el fruto de esta penitencia exterior debe ser la mortificacion de las pasiones y la reforma de las siniestras inclinaciones del alma. ¿De qué servirá un exterior humilde y reformado, si se abriga la hiel en el corazón, y si el orgullo secreto es la pasion dominante?

Pero no basta llevar frutos de penitencia. Son tan comunes las adversidades en esta vida, y tan frecuentes los trabajos, que en este sentido apenas habria árboles estériles. Es menester producir frutos dignos de penitencia, es decir, frutos verdaderos de penitencia, dignos de ser presentados al Señor, agradables á sus divinos ojos, y que sean de su gusto. ¿Tienen estas calidades los que yo he producido hasta aqui? ¿son de esta especie?

Esos ayunos tan mal observados, esas mortificaciones de tan poca duracion y tan ligeras, esas muestras, esas apariencias de arrepentimiento y de penitencia, ¿no son frutos verdes y tardíos que nunca llegan á madurar?

Mi Dios, ¡y cuánto es de temer que al tiempo de la cosecha en que tomáis cuentas tan exactas, y en que el padre de familias examina tan escrupulosamente lo que producen sus tierras, no nos hallemos alcanzados en muchas partidas!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la penitencia sin fruto es penitencia sin mérito. ¿Cuántos padecen sin que reciba Dios sus